

PRÓLOGO
Casa-Grande y Senzala
por Darcy Ribeiro

I. EL ESCRITOR	5
II. EL INTERPRETE	9
III. LA OBRA	13
V. LOS PROTAGONISTAS	21
VI. LOS INDIOS	25
VII – EL JESUITA.....	28
VIII. LA NEGRERIA	32

Gilberto Freyre tiene una característica con la que simpatizo mucho. Como yo, él se gusta terriblemente a sí mismo. Saborea “los elogios como si fueran bombones”.

Siendo éste su modo natural de ser, se orquestó en torno suyo un culto que preside feliz e insaciable. A pesar de que es más elogiado que nadie, es él quien más se elogia, comenzando sus libros con detalladas apreciaciones sobre sus grandezas y noticias circunstanciadas de cada asombro que va provocando por el mundo.

Y no necesitaba ser así. Al fin de cuentas, no es sólo Gilberto el que se admira. Todos lo admiramos. Algunos de nosotros superlativamente. El mayor estilista brasileño nos dice con su estilo lo que ya de por sí bastaría para forzar nuestra admiración. Mestre Anísio, el pensador más agudo de este país, nos pide que le anticipemos a Gilberto la grandeza que el futuro ha de reconocerle, porque todos nos convertimos en más brasileños con su obra. Fernando de Azevedo, hablando en nombre de la sociología, casi repite a Anísio al decirnos que todos le debemos un poco de lo que somos y mucho de lo que sabemos. Pero no es solamente eso. Es mucho más, diría Gilberto, y ejemplificaría: Barthes no se consuela de que Francia no tenga su intérprete gilbertiano para sus primeros siglos de formación. Un tal Briggs, pasmado de asombro, nos dice que Casa-Grande y Senzala no sólo es una revelación para los brasileños acerca de lo que ellos son, sino todo un triunfo universal. Una docta comisión no sé de qué llega a afirmar

que Gilberto ya guía a la humanidad entera en la búsqueda de un sentido y de un objetivo.

Abro el prólogo con estas palabras porque, aunque muy a disgusto, tengo que entrar en la comparsa de los alabadores. Gilberto Freyre ha escrito, sin duda, la obra más importante de la cultura brasileña. Efectivamente, CG y S es el más grande de los libros brasileños y el más brasileño de los libros que hemos escrito. ¿Por qué? Siempre me intrigó y aún me intriga que Gilberto Freyre, siendo tan reaccionario en el plano político – en su última declaración llega a decir que la censura de prensa es, en general, beneficiosa y que en los Estados Unidos la censura es más rigurosa que en cualquier otro país del mundo –, haya podido escribir ese libro generoso, tolerante, fuerte y bello.

Creo que podríamos prescindir de cualquiera de nuestros ensayos y novelas, aun cuando fuese lo mejor que hayamos escrito. Pero no pasaríamos sin CG y S sin ser diferentes. En cierta medida GF fundó Brasil en el plano cultural tal como Cervantes lo hizo con España, Camoens con Portugal, Tolstoi con Rusia, Sartre con Francia. Es cierto que hubo, en nuestro caso como en los demás, algunos gestos antes – el Aleijadinho, entre unos pocos –, otros después – Brasilia, de Oscar –, pero, sin lugar a dudas, entre ellos está el de Gilberto. ¿Por qué?

Casa-Grande y Senzala es una hazaña de la cultura brasileña. Después de todo esto debemos, quizás, repetir que así fue vista, por otra parte, desde los días de su aparición. Jorge Amado nos habla de eso muy expresivamente. Para él la llegada de CG y S fue una explosión de deslumbramiento. Desde algunos años antes, observa, venían surgiendo las primeras novelas regionales que buscaban laboriosamente restablecer la verdad acerca de la vida social brasileña, falsificada por la literatura tradicionalista. Pero un libro de estudios de Brasil, que fuera legible, bien escrito como Casa-Grande y Senzala, era una cosa nunca vista. Para Jorge Amado, sin embargo, lo más sorprendente era ver surgir en ese medio provinciano que recitaba a Bilac y detestaba a Portinari, a un hombre de estudios universitarios en el extranjero que frecuentaba los candomblés, gustaba de la buena comida bahiana y conocía la cachaza fina. Un hombre ávido de vivir y de reír, que sentía placer en admirar y gusto en alabar. El nos enseñaba, dice Jorge Amado, que sólo viviendo se puede aprender la ciencia de los libros.

Astrogildo Pereira, el principal crítico marxista de letras y de ideas, señala que Casa-Grande y Senzala ocurrió en 1933 como algo explosivo, insólito, realmente nuevo, rompiendo años y años de rutina y repeticiones. Sus principales novedades serían: la de un libro de ciencias escrito en un lenguaje literario de acento inusitado, en un lenguaje atrevidamente nuevo pero muy nuestro; un libro que daba categoría literaria a muchas palabras vulgares; y, sobre todo, un libro que tenía como protagonista central no a los héroes oficiales sino a la masa anónima.

Es verdad que no todos fueron elogios en aquellos días de deslumbramiento y maravilla. Y no podía serlo porque el vigor mismo y sobre todo el estilo acre de CG y S provocó en mucha gente verdaderas crisis de exasperación. Principalmente por las expresiones consideradas desde siempre como groseras, obscenas, irreverentes y muchas otras cosas tenidas como negativas. Es comprensible que fuera así para un público lector acostumbrado a la pobre lengua que se escribía entonces en Brasil, y habituado a alabar y a tomar en serio a literatos académicos tan bobos como vetustos. Estas incompatibilidades ofendían y rasguñaban sensibilidades académicas e hirieron a muchas almas bien formadas. No podía ser de otro modo si en un pasaje GF nos ilustra sobre la mala costumbre portuguesa de jurar – por los pendejos de la Virgen. En otra, habla de picotear, antigua costumbre brasileña de intercambio de esposas entre los amigos. En ambos casos, por supuesto, siempre asentado en la mejor documentación.

Lo cierto es que a mí y a todos CG y S nos enseñó muchas cosas que necesitamos comenzar a enumerar. Principalmente nos enseñó a reconciliarnos con nuestra ascendencia lusitana y negra, de la que todos nos avergozábamos un poco; a él le debemos haber comenzado a aceptar como dignificante antepasado a ese pueblo al que nos acostumbramos a ver e identificar con el inmigrante que hacía de burro de carga, empujando carritos de feria o el comerciante próspero y mezquino en que se transfiguraba después de enriquecerse. A Gilberto le debemos, sobre todo, el haber aprendido a reconocer en la cara de cada uno de nosotros o en la de nuestros tíos y primos – -si no con orgullo, al menos con tranquilidad –, una boca carnosa, cabellos ensortijados o esas fornidas narizotas de indiscutible procedencia africana y servil.

Frente a esta evidencia la cuestión que se plantea es saber cómo pudo el niño hidalgo de Ios Freyre, el muchachito anglófilo de Recife, el mozo

elitista que viaja a los Estados Unidos queriendo convertirse en protestante para ser más norteamericano, el oficial de gabinete de un gobernador reaccionario, cómo pudo, aparentemente tan poco apto para esta hazaña, engendrar la visión amplia y bella de la vida colonial brasileña que es CG y S. El hecho es asombroso, pero como es innegable tenemos que convivir con él y explicarlo o por lo menos, si es posible, comprenderlo.

Para empezar debemos darnos cuenta de que a la postura aristocrática y derechista no corresponde necesariamente una inteligencia corta de las cosas, una sensibilidad embotada de las vivencias. La inteligencia y Ja ilustración, al igual que la finesse, son otros tantos atributos de la riqueza y de la hidalguía, como la belleza de las damas y los buenos modos de los damos. Lo cierto es que el hidalgo GF ayudó como nadie a que Brasil tomara conciencia de sus cualidades, principalmente de las nobles, a veces con demasiado pintoresquismo, pero viéndolas siempre como cosas entrañablemente nuestras, como carne de nuestra carne, vinieran de donde viniesen. Tal vez también por esto Gilberto ha ayudado como nadie a Brasil a aceptarse tal cual es, sin vergüenza de sus orígenes, reconociendo sus aptitudes para mejorar en el futuro todo lo humano.

A Gilberto le agrada decir que es un escritor situado en el tiempo y en el espacio aun cuando pueda descubrir el pasado y el futuro y pasear por toda la tierra. Así es efectivamente. Escribe sobre su casa señorial en el barrio de los Apipucos, en Recife, como un nieto de señores de ingenio, un blanco seguro de su hidalguía; así como Euclides – la observación es de Gilberto – escribe como un amerindio, un caboclo, Gilberto escribió como un neo-lusitano, como un dominador. Ninguno de los dos es tan sólo una cosa u otra, bien lo sabemos. Pero éstas son las figuras que asumen, con las que ambos se hermanan y se identifican. Sus libros son elogios de ellas.

Me apresuro a señalar sin embargo, que es muy difícil generalizar sobre Gilberto. Cada vez que nos parece haberlo atrapado en la red se nos escapa por los agujeros como si fuera una jalea. Es así como, abandonando mi anterior generalización, tengo aquí, dos líneas más adelante, que rectificarla, que sombrearla: Gilberto, en realidad, ni siquiera es el viejo sabio de Apipucos, ni es nadie porque, como Macunaíma, él es todos nosotros. Tal vez sea ése su rasgo más característico y en esto reside su gran deuda con la antropología. Ser antropólogo le permitió a Gilberto

salir de sí sin dejar de ser él mismo para ingresar al coro de los otros y ver el mundo con los ojos de ellos. Se trata de un caso de apropiación del otro en una operación parecida a la posesión mediúmnica. En esa capacidad mimética de ser muchos, sin dejar de ser él, es donde se asienta el secreto que le permitió escribir Casa-Grande y Senzala. A través de sus centenares de páginas, Gilberto es sucesivamente señorial, blanco, cristiano, adulto, maduro, sin dejar de ser lo opuesto en los siguientes pasos, al vestirse o sentirse esclavo, hereje, indio, niño, mujer, afeminado. Las dualidades no se agotan allí sino que se extienden en las de padre-e-hijo, señor-y-esclavo, mujer-y-marido, devoto-y-santo, civilizado-y-salvaje, que Gilberto va encarnando para mostrarse al derecho y al revés, página tras página, línea tras línea.

I. EL ESCRITOR

Gilberto Freyre inicia Casa-Grande y Senzala diciendo sencillamente: en octubre de 1930 me ocurrió la aventura del exilio. A partir de esta afirmación insólita en un libro de esa clase, deja escapar, aparentemente sin intención, que en Lisboa se familiarizó no sólo con las bibliotecas, archivos y museos sino también con los sabores nuevos del vino Oporto, del bacalao y de los dulces que dejó con nostalgia. Esta es una buena muestra de su manera personalísima, oblicua y hasta mimosa de actuar como científico, afirmándose al mismo tiempo como escritor literario. ¡Y qué escritor!

Y es siempre el escritor, el estilista, quien dirige lo escrito. Casi siempre con fidelidad a la ciencia, tensando y trabajando el lenguaje para obligarlo a servir al contenido, pero vigilándolo mucho más de lo que se permitiría cualquier escritor que fuera simplemente ensayista o tan sólo científico. Es cierto que muchas veces el lector atento queda con la impresión de que se lo engaña, como sucede cuando Gilberto decide demostrar sus tesis mediante la negación, como en el siguiente caso: No es que el portugués se hubiera encontrado en el 1500 con una raza de gente débil y blanda, incapaz de un esfuerzo mayor que el de cazar pajaritos con arco y flecha. Nada de eso.

La sospecha de una treta aumenta más aún cuando, en el calor de la argumentación, decide concederle al negro cualidades y defectos que podrían atribuírsele igualmente al indio. Así es cuando presenta al lector,

encandilado por su estilo pirotécnico, un indio que se muere de nostalgia, o envuelto en una tristeza de introvertido, y un negro pleno de energía joven, firme, vigorosa y exuberante de extroversión y vivacidad. ¿Quién sirve a quién en ese festival del estilo? En algunos pasajes – demasiados, para los prudentes – los largos párrafos de Gilberto Freyre saltan como chispas, iluminando páginas de depurado análisis, o amenizando razonamientos sutilmente elaborados. A veces es pura coquetería del escritor, quien, incapaz de resistirse al pellizcón de su propio demonio artístico, interrumpe la frase severa para pedir: perdone el lector los muchos e inevitables ño.¹ ¿Qué escritor luso-brasileño no se sintió torturado por la cacofonía de esos inevitables ño, tan característicos de nuestro idioma? En otra parte GF califica de *brasileirinha da silva*² a la arquitectura de las casas grandes. Aquí, probablemente, el carácter dudoso del juicio – Portugal está lleno de magníficas casonas rurales con galerías, en el mismo estilo y de mejor calidad, además de mucho más antiguas – es lo que hace afirmar eso a Gilberto con tanto énfasis y gracia. No es seguro que esta forma de componer se justifique mucho en el terreno de la ciencia, pero no hay ninguna duda de que es excelente en el terreno literario.

Lo que irrita a muchos críticos y molesta a otros tantos es justamente esa calidad literaria de los textos: son las concesiones que el hombre de ciencia hace al escritor, pocas veces de manera traicionera, pero siempre con el efecto extravagante de tratar las cuestiones más serias del modo más divertido. Después de trabajar laboriosamente, no es raro que logre dar contorno y color, carácter e individualidad a sus tipos y figuras, pero en muchos pasajes exagera, se excede, fantasea con una liberalidad artística que ningún escritor rústico se permitiría. Al presentar al protagonista central de CG y S, el colonizador lusitano, GF comienza con un tono suave, contrastándolo con los otros dos imperialistas, contemporáneos suyos. El lusitano sería un español sin el ardor guerrero ni la ortodoxia; un inglés sin las duras líneas puritanas. La cosa es que sigue avanzando, vivaz, oponiendo la marca histórica siniestra que la leyenda negra le impuso al español, la mala y triste fama que ganó el portugués, de inepto, estúpido, salaz. Gilberto continúa contrastando la imagen vertical, austera, quijotesca, brava, y hasta angulosamente gótica del castellano, con la figura horizontal del portugués, achatada, redonda, llena de gordura. Concluye el esbozo diciendo del lusitano que es huidizo y rastrero: un don Juan de senzala.

Pero Gilberto Freyre no se detiene ahí en sus libertades. Avanza riendo, bromeando, con un gracejo de negrito que desconcierta al lector brasileño acostumbrado a la pobre dieta de la escritura retórica y sosa que se leía entonces como literaria. Algunos perfiles por él trazados son primorosas caricaturas de figuras vetustas: del filósofo Faria Brito, tan alabado por la derecha católica, Gilberto escribe que al fracasar en la política republicana se refugió, con su frac negro y sus bigotes tristes, en las indagaciones de la filosofía. Jamás una biografía dirá tanto y retratará tan bien al pobre filósofo.

Protestando por la falta, en Brasil, de diarios, cartas, autobiografías, confesiones y otros documentos personales tan abundantes en el mundo inglés, GF apunta, primero, que el confesionario absorbió los secretos personales y de familia, anulando en los hombres, y principalmente en las mujeres, este deseo de revelarse a los demás... Después se consuela, no metódico o circunspecto como haría otro, pero con evidente tono de burla, diciendo: en com pensación, la Inquisición abrió sobre nuestra vida íntima de la era colonial, sobre las alcobas con camas, que en general parecen haber sido de cuero, crujiendo bajo las presiones de los adulterios y de los furiosos coitos; sobre los aposentos y los cuartos de santos; sobre las relaciones de blancos con esclavas – su ojo enorme, indagador. ¿Cómo no advertir el gozo del autor en tales párrafos y al mismo tiempo el gusto literario, el buen gusto de esos textos?

Es verdad que toda la esencia científica de semejantes afirmaciones podría ser comunicada severa y fríamente siguiendo el gusto de tantos ensayistas desabridos y tontos. Pero una reducción semejante mataría en Gilberto lo que lo hace así y lo que lo mantendrá vivo en la cultura brasileña, que es su talento de escritor. Incluso creo que no existe precedente de ningún estudioso que haya rechazado tan vehementemente como Gilberto lo que todos consideran el lenguaje apropiado, la terminología especializada, la expresión adecuada, o sea ese hablar sombrío y solemne, generalmente pesadísimo, que los científicos escriben, o a lo sumo esa lengua elegante, imaginativa, discretamente poética que algunos de ellos usan en algunos textos muy especiales. Gilberto, empero, va mucho más allá de todo eso, escribiendo con un lenguaje capaz de estremecer incluso a sensibilidades literarias. No es por nada que muchos han dicho que su libro, de tan burdo, sería más pornografía que sociología; otros protestaron diciendo que tal descuido de lenguaje no estaba de acuerdo con los proclamados propósitos de respetabilidad intelectual.

Lo cierto es que GF se empecina en ritmos disolutos, en arcaísmos preciosos que él rejuvenece con inflexiones esdrújulas, tanto más por el gusto de sazonar sus frases con africanismos, indigenismos, brasileñismos, como por no debilitarlas con descontrol y las más crudas obscenidades.

Lo que más se destaca en CG y S es la combinación feliz de sus cualidades de estudio científico documentadísimo y lleno de agudas observaciones, con su condición de creación literaria que así quiere ser. Lo extraordinario es que el hecho de atender a dos amores, abarcando al mismo tiempo el saber y el arte, no invalida esta obra única. Bien por el contrario, la ciencia, además de hacerse más inteligente – cosa muy rara – y de liberarse de una cantidad de modismos, compone un libro que se lee con placer. Tampoco la literatura, en ese matrimonio desigual, pierde nada de visión íntima, de revelación y de confianza.

¡Pero, cuidado! Algún precio deberá pagarse por tantas ventajas. El principal es, tal vez, la necesidad de que el lector permanezca de pie ahí atrás, prevenido. Son incontables las veces en que el antropólogo se deja arrastrar por el novelista, siendo necesario por eso mismo leer y releer, atento tanto al placer literario como a los saberes dudosos, vendidos como buena ciencia. Las claudicaciones consecuencia de ese amor al estilo y al tema se manifiestan de mil maneras. A veces es puro estilismo que se afirma, de pronto, acentuado en el punteo con que caracteriza el poderío del señor-de-ingenio: dueño de los hombres, Dueño de las mujeres. Sus casas representan ese inmenso poderío feudal: feas y fuertes. Paredes gruesas. Cimientos profundos. Aceite de ballena. Insatisfecho con alborotar, verseando más que escribiendo, GF se desborda – episódico ahora contando la historia del señor-de-ingenio que para dar más perpetuidad a su casa-grande, mandó matar a dos negros y enterrarlos en los cimientos. Más adelante, al pasar, delata a otro señor-de-ingenio que comienza piadosamente su carta al confesor con estas palabras: como Dios fue servido que yo mandara matar a mi hijo...

Otras veces, bajo la seducción novelística del “un-cuento-trae-otro-cuento”, GF, tras proporcionar información positiva y erudita sobre un tema, se desbarranca concluyendo con más de lo que conoce. Exagerando. Así sucede cuando, después de enaltecer la rebelión de los negros malés de Bahía, en 1835, como a una revolución libertadora cuyos líderes debían ser musulmanes, pues muchos de ellos sabían leer en árabe, Gilberto lo

remata así: en las senzalas debía haber más gentes que sabían leer y escribir que en lo alto de las casas-grandes.

II. EL INTERPRETE

Una lectura atenta de GF revela también mucha contradicción íntima entre los valores profesados y los valores que realmente actúan como sus criterios existenciales, Sirva de ejemplo el sado-masoquismo que le atribuye al brasileño. Sadismo del blanco, masoquismo del indio y del negro. El primero comenzaría disfrutando al torturar a su negrito de juguete. Después, el placer de golpear esclavos. Finalmente caería en el placer mayor, que es el de oprimir a cualquiera que esté por debajo suyo. El otro, disfrutando que lo torturen y golpeen. En la práctica de estos papeles recíprocos el brasileño de la clase dominante habría moldeado su rasgo más característico – el “mandonismo” – y su contraparte social, el pueblo-masa y su deleite también más típico – el masoquismo – expresado en el placer de la presión sobre él de un gobierno masculino, valientemente autocrático (sic). Como se ve, para GF el despotismo que hace viable la preservación del orden en una sociedad brutalmente desigual e injusta como la brasileña del pasado y del presente, no sería más que un atavismo social, una señal del puro gusto de sufrir, de ser víctima o de sacrificarse, que singulariza al brasileño común.

Entusiasmado con su descubrimiento, GF lo generaliza, tratando de explicar el conservadorismo brasileño por la precocidad con que salimos del régimen esclavista, de lo que resultaría por un lado el sadismo del mando, disfrazado de principio de Autoridad y defensa del Orden y, por otro, los rasgos binarios de sadistas-masoquistas, señores-esclavos, doctoresanalfabetos. Lo asombroso de dicho razonamiento, ya de por sí rebuscadísimo, es su conclusión: ...y no sin ciertas ventajas: las de una dualidad no del todo perjudicial para nuestra cultura en formación, enriquecida por una parte por la espontaneidad y la frescura de imaginación y emoción de la mayoría y, por otra parte, por el contacto, a través de las “elites”, con la ciencia, con la técnica y con el pensamiento adelantado de Europa. En ese caso, evidentemente, no sería injusto hablar de una tara derechista gilbertiana. Así sería, por cierto, si ese argumento no fuera tan familiar a toda una antropología colonialista. En su propensión a esconderlo todo detrás de un supuesto relativismo cultural, esta antropología se vuelve capaz de apreciar favorablemente las culturas

más elementales y hasta desmayarse en añoranzas de lo bizarro y en amores estremecidos por lo folklórico. Lo que no hacen es aportar algo que sea útil para vitalizar algún valor real, afirmativo de las culturas oprimidas, y mucho menos despertar en la gente que las detenta una conciencia crítica o una postura rebelde contra el orden social que las explota y oprime. En lugar de eso, justifican el despotismo.

Aquí y ahora es Gilberto Freyre – que nos lavó la cabeza de tanta mala ciencia europea de la pasada generación – quien paga el precio a la mala ciencia de su generación, encontrando en ella, por vías oblicuas, la explicación suspirada de su nostalgia por los ya idos abolengos, de su gusto por un mundo donde el negro y el pueblo ocupen, felices, su debido lugar.

Gilberto Freyre presenta Casa-Grande y Senzala como una historia íntima, como un roman vrai a lo Goncourt, con algo de introspección evocativa al estilo Proust. Y ésta es quizá la mejor caracterización de su obra, una especie de cuento con chimentos de la vida doméstica de los señores nordestinos, que un nieto recuerda amorosamente, gozando y sufriendo: es un pasado que se extiende hasta tocar los nervios; un pasado que se une con la vida de cada uno; una aventura de sensibilidad, no tan sólo un esfuerzo de investigación en los archivos.

Esta suerte de historia íntima entrañablemente sufrida, Gilberto Freyre la compone con el esfuerzo paciente de ir reconstituyendo la rutina de los hechos más triviales, para sorprender en ella no los grandes acontecimientos casuales, llenos de consecuencias – que atrapa el historiador romántico –, sino la acumulación negligente de lo cotidiano que, a través de las décadas y los siglos, va formando una capa geológica, con pliegues delicados, pequeñas salientes, espesores que apenas se notan pero que son, cada uno de ellos, los nudos del manto de la vida de un pueblo.

Munido de todo lo que podía aprender del esfuerzo de otros pueblos por comprenderse a sí mismos y expresarse en obras interpretativas, GF se vuelca hacia su contexto, indagando el porqué de la trama social, la razón del “revés del bordado”. Y lo hace con una maestría sin parangón, no solamente porque retrata un mundo familiar, en evocaciones iguales a aquellas que él mismo podría hacer de su vida de familia, sino porque se vuelca hacia todas las fuentes que pueden ayudarlo. Cada anotación

tomada casualmente por un señor-de-ingenio; cada observación de un extranjero que ha visto una casa-grande y la describió; cada aviso de diario, buscando un esclavo fugitivo, ayuda a componer la imagen tipológica del señor-deingenio o el paradigma del esclavo. Estos no existieron jamás, concretamente, antes de ser exorcizados en la narrativa de GF. Lo que existió fue un señor Lula o negro Bembão, personas singulares, irrepetibles, que realmente sólo le sirven de ramitas para quemar en el horno del ingenio donde va componiendo su historia íntima: la memoria posible de remotos tiempos, que, recordados nostálgicamente por GF, reviven para todos nosotros.

Pero, ¿qué es finalmente la historia sino esa narración del pasado viviente que nos ayuda a componer nuestro propio relato sobre lo que estamos siendo? Lo que nos da Gilberto serán aportes a esa historia, si no la historia común, al menos una contribución fundamental a la historia de los pocos, de los ticos, los hermosos, los que mandaban en aquellos ásperos años en que se formó Brasil. Aun así, es muy importante porque Gilberto no sólo describió con personajes todopoderosos a sus amos de ingenio, sino que los hizo vivir o revivir para nosotros, dentro de sus casas-grandes, cercadas por su negrada, a quienes vemos a través de sus ojos. Si lo que nos ofrece no es la perspectiva más rica ni la más representativa o la más realista, al menos es la más extravagante, la más sabrosa, la más perfumada, la más placentera, la más nostálgica. No me interpreten mal. Jamás quise decir que CG y S es tan sólo algo pintoresco. Al contrario. Lo que digo es que esta visión amplia, risueña, nos proporciona la mejor contribución con que contamos hasta ahora para hacer de Brasil un protagonista literario que, pudiéndose conocer mediante la lectura, pasa a existir a través de ella. A lo largo de las páginas de CG y S, estimulados por GF, vamos imaginando, viendo, sintiendo lo que fue Brasil a través de los siglos en su esfuerzo por construirse a sí mismo como producto no deseado de un proyecto que tenía como finalidad producir azúcar, oro o café y, esencialmente, lucros, pero que terminó engendrando a todo un pueblo.

Apesar de todas las limitaciones, guiados por él recorreremos otra vez los intransitables caminos por los cuales llegamos a ser lo que somos, en esa marcha en que nos hicimos; a través de esta reconstitución. Lo que nos da Gilberto es la comprensión de la instancia presente y la visión en perspectiva de lo que seremos. Esto, sin embargo, no es asunto suyo, es asunto nuestro. Es tarea nuestra, de aquellos a quienes no nos gusta el

Brasil del pasado tal como fue, de quienes no nos consolamos de que sea actualmente lo que es. Volvamos, pues, a nuestra indagación original sobre lo que habría permitido a GF escribir CG y S. La razón preponderante es que él es un ser ambiguo. Por un lado, un señorito hidalgo evocador de un mundo familiar, de un mundo suyo. Por otro, el joven formado en el extranjero, que traía de allá un ojo inquisitivo, un ojo de extrañío, de extranjero, de inglés. Ojo para quien lo familiar, lo trivial, lo cotidiano, y como tal desprovisto de gracia, de interés, de novedad, adquiriría colores de cosa rara y gentil, observable, referible. Combinando las dos perspectivas interiorizadas en él, sin fundirlas jamás, GF vivió siempre el drama, la comedia, la novela – en realidad – de ser dos, el pernambucano y el inglés. Tan totalmente inglés que usaba pantalones de franela y saco de tweed para ver el corso en el carnaval de Recife; tanto que toda su vida escribió anglicanamente sobre su propia condición de pernambucano, debido a esa ambigüedad llegó muchas veces a tensiones dramáticas.

Así sucedió en las circunstancias en que Gilberto intentó “anglo-sajonizarse” por completo, haciéndose protestante primero o aspirando después a ser norteamericano y, por último, deseando establecerse en Oxford como profesor anglo-hispano, Felizmente, la opción victoriosa fue regresar a la vida solariega de Recife y sólo por esa razón lo tenemos ahí instalado – aunque a la inglesa – en su noble caserón, con sus blasones de suburbio, escribiendo desde allí para el mundo.

Antes, durante y siempre, GF viene cultivando el ser brasileño con rara intensidad. Con la intensidad de quien sospecha que él no lo es tanto. El mejor retrato que ha trazado de sí mismo es el que escribió sobre Euclides da Cunha, caracterizándolo por lo que no tenía, ni era... ¡pobre! Y si no, veamos: Ni muchachas lindas, ni bailes, ni cenas alegres, ni almuerzos a la bahiana con vatapá, carurú, efó, guisos de porotos a la pernambucana, ni vino, ni aguardiente, ni cerveza, ni tutú de porotos a la paulista o a la minera, ni postres finos según viejas recetas de las niñas ricas, ni asados, ni mango de Itaparica, ananás de Goiana, asaí, sopa de tortuga, ni valsecitos con guitarra, ni pesca de Semana Santa, ni sirí con piróh, ni gallos de riña, ni canarios del Imperio, ni cacería de gato onza o de antas en los matorrales de las estancias, ni baños en los saltos de agua de los ríos del ingenio – en ninguna de esas alegrías típicamente brasileñas reparó Euclides da Cunha. Gilberto sí. Despaciosa. Reiterada. Voluptuosamente.

III. LA OBRA

Casa-Grande y Senzala es una monografía de carácter etnográfico. Su intención es – auxiliada por el saber metodológico y teórico, acumulado por la ciencia – describir y explicar un contexto socio-cultural nuevo, autónomo, tan singular como lo es una tribu indígena o como el mundillo del ingenio pernambucano de azúcar.

La ciencia orienta aquí al ojo escrutador, haciéndolo ver cosas y aspectos que no vería sin una formación apropiada. Pero, en esa coyuntura, la misma ciencia se renueva porque somete a prueba de fuego a todo conocimiento, indagando si éste es capaz de explicar – apelando a precedentes conocidos – lo que se observa en el contexto nuevo o si ese saber es el que debe ser revisado y ampliado para volverse capaz de explicar aquella variante, y de ese modo enriquecerse.

Diciendo que CG y S es etnografía, afirmamos que es obra histórica, en el sentido que pretende abarcar un contexto humano único, singular, irreplicable. Participa así más del carácter de la biografía que de la psicología. Nuestra afirmación también importa decir que CG y S, hablando con propiedad, no es sociología. Al menos no es lo que la sociología debiera ser: un desarrollo teórico, abstracto sobre la naturaleza de las relaciones sociales. Sin embargo, temo que esa sociología a la que aludo – una especie de física de lo social, diferente tanto de la física como de cualquier descripción de los hechos físicos – no existe en ninguna parte, siendo a lo sumo una aspiración de sociólogos ambiciosos. Lo que quiero decir es tan sólo que CG y S, tal como fue compuesta, no hace aportes a la formulación de una teoría general sobre algo. Lo que desea es llevarnos de la mano hacia el ingenio, a un ingenio que no existe – a la abstracción –, ingenio construido con todos los ingenios concretos de los que Gilberto tuvo noticias – para mostrarlo en aquello que podría haber sido, en lo que llegó a ser, entre 1600 y 1800, en el noreste del Brasil.

Sólo incidentalmente Gilberto Freyre intenta formular generalizaciones válidas para otros contextos sociales. Esos serían los breves trechos en que busca mostrar que la estructura básica del mundo del azúcar es la misma que la del mundo del oro y del café, que tenían lugar en otras tierras de Brasil, pero con los mismos fundamentos. Gilberto también llega a ser comparativo, cuando habla al pasar de la colonización portuguesa en comparación con la holandesa, la inglesa, la francesa y alguna otra. Con

todo, no se trata en ningún caso de un procedimiento sistemático de comparación, revestido de los necesarios cuidados metodológicos de establecer una tipología y comparar los tipos, característica por característica.

Gilberto jamás llega a interesarse seriamente en la generalización teórica, ni siquiera discute lo que es la sociedad patriarcal que nos muestra en relación a otras pautas patriarcales y no patriarcales de sociedad. Ni tampoco indaga sobre la posición evolutiva que corresponde al espécimen que está estudiando. Del mismo modo no quiere saber lo que representa en cuanto formación económico-social o como configuración históricocultural. Por otra parte, pedir todo eso sería demasiado. Casa-Grande y Senzala y su autor no necesitan hacerlo porque no es ése su oficio, ni ésa su vocación ni su interés.

Sin embargo, el desdén de Gilberto por los aspectos propiamente teóricos de su trabajo y la super-atención que otorga a los aspectos etnográficos de la descripción abarcadora – ayudado por todas las contribuciones científicas que puedan proyectar alguna luz para comprenderla –, todo esto está muy vinculado al tipo de formación académica que tuvo. En efecto, creo que el desdén teórico de Gilberto no es en realidad una singularidad de su carácter. Es consecuencia de su formación boasista. Es herencia del viejo Franz Boas, que muy lúcidamente procuró estructurar una antropología recia como una sistemática botánica o zoológica, Una antropología mejor que ninguna en cuanto descripción sistemática, criteriosa, exhaustiva, cuidadosísima de los modelos culturales, pero desinteresada respecto a cualquier generalización teórica.

Boas obró así tanto por malicia como por cautela. Profesor hebreo, inmigrante, trabajó en medio del puritanismo del Nueva York de comienzos de siglo, probablemente muy atemorizado con lo que le había sucedido a Lorrin Morgan. Eran los días de la discriminación desencadenada sobre el mejor de los etnólogos de campo norteamericanos, el único pensador original, vigoroso y fecundo que aquel país produjo. Todo porque había osado reconstruir en *Ancient Society* las etapas principales de las sociedades humanas, como lo hiciera Darwin para el desarrollo de las especies. O principalmente porque había tenido la mala suerte de que su libro fuera a caer justamente en las manos de Federico Engels, que se entusiasmó con aquel etnólogo del Nuevo Mundo que encontraba, por otras vías, las mismas comprobaciones del

carácter transitorio y evolutivo de las instituciones sociales, que Marx estableciera mediante el estudio de la economía política.

El libro de Morgan, reescrito por Engels y publicado con el título de Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado, alcanzó un tiraje de millones de ejemplares. Circulaba en manos de los obreros que argumentaban, basados en él, acerca del fin previsible de la propiedad privada y del capitalismo y sobre el probable amanecer de una sociedad socialista, incluso en esos días, El efecto de tal éxito fue que recayó sobre Morgan todo el peso del prejuicio y del odio antievolucionista y antirrevolucionario del puritanismo y el liberalismo norteamericano. Morgan, y por extensión la inteligencia misma, fue proscrito de la antropología, que, para subsistir y florecer en las universidades y en los museos, debió dar seguridades de fidelidad al sistema y cumplir todos los ritos que atestiguaran su conservadorismo.

Gilberto Freyre, formado en ese ambiente, apenas oyó hablar de teoría. A lo sumo, lo que encontró fue el Seligman de Interpretación Económica de la Historia, que recuperaba con pinzas lo que consideraba aprovechable de la obra de Morgan, pero, como entonces decía Gilberto Freyre, sin volverse apasionadamente apologético del gran judío-alemán o – lo que sería aún peor – de un marxismo detenido en el siglo XIX.

Para no ser revolucionaria, la antropología de Boas y de sus muchos discípulos pagó el precio de no ahondar en ninguna teoría, postergando para las futuras generaciones la interpretación de la inmensa recopilación de hechos que hicieron. O, cuando mucho, teorizando humildemente en terrenos exentos del menor sabor de impugnación. La única excepción es su oposición al racismo y al colonialismo – dominantes en la antropología europea –, a los que los boasistas opusieron un culturalismo antievolutivo y exacerbado en su relativismo, pero generoso y comprensivo en el entendimiento de las culturas menos complejas y de las razas perseguidas.

Lo que aquí debemos retener sobre la herencia académica de Gilberto Freyre es su fuente boasista, tanto en su ateoricismo como en su propensión etnográfica. Gracias a esas dos herencias pudo realizar estudios de gran profundidad y reunir documentación copiosísima sobre los temas que trató. Pero no por eso puede atribuírsele lo que nunca fue ni siquiera deseó ser. Lo que Gilberto hizo en el terreno teórico fue refutar generalizaciones deterministas muy en boga en esos días,

Generalizaciones que, por lo demás, ya habían sido refutadas por Manuel Bonfim, Roquette Pinto y algunos otros, aunque nunca con el vigor y la elocuencia que ese debate obtuvo gracias a Gilberto.

La catacterización de Casa-Grande y Senzala como una monografía etnográfica regional exige aún otras dos consideraciones. Primero, la de que no tiene parangón, puesto que no se conocen estudios anteriores o posteriores de la misma envergadura. Es obvio que no se la puede considerar una obra de la misma naturaleza que los “estudios de comunidad” realizados por tantos antropólogos y sociólogos, que son los que más se le aproximan. En estos casos se toma una comunidad pequeña para un estudio intensivo mediante observación directa, suponiendo que las características de la sociedad global se pueden sorprender allí, concretadas en modos de conducta observables directamente. Y tal vez hasta mejor comprendidos de lo que podría pretenderse con el estudio por muestreo a través de encuestas o cuestionarios tan del gusto de los sociólogos, aunque tan infecundos.

Casa-Grande y Senzala contrasta fuertemente con esos estudios, principalmente por la amplitud de las dimensiones regionales del objeto de estudio, pero también porque su tema, al estar situado en el pasado, no ofrece ninguna oportunidad a la observación directa. Tiene en común que ofrece al investigador, como campo de estudios, un contexto social completo en toda su complejidad de entidad ecológica, demográfica, económica, social, cultural y psicológica. No se trata aquí de las dobles operaciones de extraer, a través de una técnica artificiosa, una gran cantidad de observaciones sobre la familia, el trabajo o la religión, como si ellas existieran en sí, y después restaurar su carácter concreto al devolverlas al contexto del que forman parte, mediante el análisis de sus relaciones con la totalidad. Se trata, eso sí, de ver gentes organizadas en familias, representando diferentes papeles recíprocos en el proceso de producción por el trabajo y de conducta religiosa a través de formas colectivas de culto.

La similitud principal de Casa-Grande y Senzala con los estudios antropológicos tal vez se encuentre en las tentativas, fracasadas todas, de grandes estudios de carácter nacional. Los que se hicieron durante la guerra sobre Japón y Rusia llegaron a la ridiculez, por su intento de buscar en la minucias de la vida diaria explicaciones para las formas actuantes de conducta y para las motivaciones de japoneses y de rusos

como soldados de guerra. Pero no fue sólo el interés inmediato y hasta bélico lo que invalidó esos estudios. No contaban, en ninguno de los casos, con un responsable tan pertrechado como lo estaba Gilberto para una hazaña de semejante envergadura.

El segundo orden de observaciones se refiere a las consecuencias de ese carácter localizado y concreto de lo que se propone estudiar CasaGrande y Senzala. Tratándose de la reconstrucción de una civilización que se formó, floreció y murió en una determinada región, donde la gente, descendiente de todos sus protagonistas, sigue viviendo – y entre ellas el propio autor –, todo queda inevitablemente impregnado de reminiscencias. Tantas, que siempre existe el peligro de que lo local y lo regional se conviertan en regionalismos, el regionalismo en tradicionalismo y todo eso en añoranzas. Especialmente porque el ojo que mira es el ojo de los que ven todavía desde el lado de arriba.

Lo que quiero decir aquí es tan sólo que, obviamente, tiene consecuencias el hecho de no ser un extraño el que escribió CG y S, sino justamente el protagonista elitista, hidalgo, minoritario, entre la masa humana innumerable que edificó con sudor aquella civilización. Naturalmente que el esclavo no lo hizo todo él solo, porque trabajó bajo las órdenes de un capataz que sabía mucho, y éste bajo la vigilancia de un amo que, si no sabía nada, era quien sabía más de los aspectos comerciales del negocio. Pero no puede olvidarse que, a la perspectiva del señor, del amo, corresponde una visión que es el revés de la mirada del esclavo. Dentro de ese contrapunto resalta, por ejemplo, una de las características notables de Gilberto, que es su visión nostálgica de señor de ingenios y de esclavos que él expresa sentimentalmente a lo largo de todo el libro. Es completamente improbable que a los ojos de un contemporáneo de Gilberto, descendiente de esclavos, de la misma casa-grande, se perciba siquiera una pizca de esa nostalgia.

¿Es por eso Gilberto un alienado? No. Lo que le sobra es autenticidad. El habla no sólo ex cátedra, habla como un íntimo, y habla como un connivente confeso. No es en esta intimidad que reside el secreto rescatable de la “metodología” de Gilberto. Sería como pensar que quienes realmente saben de tuberculosis son los tuberculosos. Gilberto es sabio porque une a su proximidad e identificación de observador no participante – pero mancomunado – la cualidad opuesta, que es la visión

desde afuera – el ojo inglés, a que ya nos referimos –, la capacidad de ver algo noble allí donde el pernambucano de la mejor cepa no vería nada.

El mundo está hecho de rutina, de vida espontánea y naturalmente repetida, que no llega a ser notada como cosa que carece de explicación sino por quien viene de afuera o por quien pertenece a otro contexto. El viajante extranjero ve tan gozosamente el mundo porque está pertrechado con esa visión de extrañamiento que se proyecta sobre las cosas que mira para iluminarlas, tornando visible lo trivial. Esta es la extraña cualidad de este nieto de señor-de-ingenio tan orgullosamente pernambucano, que teniendo el mundo a sus pies nunca salió, realmente, de los alrededores de donde nació, se casó, reprodujo y se morirá. ¿Contento? Creo que sí. Al menos, conozco a poca gente tan contenta consigo misma en lo que ha sido y en lo que es, como este sociólogo universal del suburbio de Apipucos, en Recife.

IV. EL METODO

La teoría subyacente de la obra de GF parece ser la de la causa circular, formulada más tarde por los funcionalistas. La idea básica aquí es la de que como todo puede llegar a ser, en determinadas circunstancias, la causa de cualquier cosa, no existe en la verdad ninguna causa suficiente de nada. Lo extraordinario es que esa teoría desatinada no le hizo mal a Gilberto. A pesar de ella y hasta gracias a ella, su etnología, volcada sobre sí misma como una serpiente que se muerde la cola, nos dio las explicaciones más exhaustivas que se pueden leer en cualquier literatura sobre el ambiente, los tipos humanos, el modo de vida íntimo, familiar, doméstico de la gente de la cual se ocupó. CG y S es una acumulación de observaciones minuciosas y de apreciaciones muy amplias, combinada con un método que se prestó admirablemente al propósito de dar una visión de conjunto y un conocimiento hondo de una sociedad real, viviente, concreta y unívoca. Pero también, contradictoria como la propia vida, en su actividad febril de recrearse a sí misma con infinitas variaciones en torno de una misma pauta, variando para cambiar en lo incidental tanto como fuera necesario, para que nada cambiara en lo sustancial. Gilberto estudia esa pauta como un joven enamorado que mira y no ve el esqueleto de la novia. El propio Gilberto lo muestra y lo esconde bajo grasas y pieles, telas y encajes, mostrando y escondiendo, como novio que sospecha que debajo de la piel de ella hay realmente una calavera.

La forma principal de explicación causal de Gilberto Freyre es dar vueltas entre referencias a causas diversas para, de repente, embestir contra una de ellas. Cuando se espera que se detenga en ésta lo vemos abandonarla para iniciar otra vez el círculo. Por ejemplo: queriendo esclarecer los antecedentes del señorío agrario de Brasil, Gilberto se zambulle en la historia agraria de Portugal y demuestra, copiosamente, que los fundamentos de sus éxitos están en la contribución del trabajo y de la técnica de los sarracenos, y que el señorío rural posterior sólo fue bien ejercido por los monasterios. Esto es verdad. Visitando a Portugal, no puede dejar de verse la enormidad de conventos y abadías, atendidos por cocinas descomunales, capaces de cebar a centenares de monjes gordos. Lo curioso es que Gilberto, después de descubrir todo eso, abandona lo encontrado y se lanza, con un pase de magia, a hablar de la capacidad de la acción colonizadora y civilizadora del latifundista portugués, antecesor de los grandes propietarios brasileños. Sin embargo, lo destacable es que – tal como sucede con el antiteoricismo al que nos hemos referido – fue, al fin de cuentas, saludable para Gilberto Freyre. Siendo Brasil un país de pasiones intelectuales desenfrenadas – en el que cada pensador se aferra pronto a un teórico de moda y tanto se apega a él que convierte en servidumbre su actividad creadora –, es bueno ver a alguien que rechaza padres teóricos. Lo que hace la mayoría de los hombres de ciencia y ensayistas brasileños es, a lo sumo, ilustrar con ejemplos locales la genialidad de las tesis de sus maestros. No sucedió así con Gilberto. Por un lado, porque Boas no tenía teorías que debiesen ser comprobadas o ilustradas con material brasileño. Por otro lado, porque lo que él le pedía a su discípulo era que realizase operaciones detalladas de observación y de interpretación de realidades vivientes para componer, luego, con material de fabricación propia, su ética y su estética de la opereta.

Aunque Gilberto esté siempre diciendo que él no es seguidor de nadie sino, por el contrario, un “bandeirante” abridor de nuevos caminos, admite que es un rectificador de antecesores y, en consecuencia, que éstos existen. Lo cierto es que, al revés de lo que ocurrió con las ciencias sociales escolásticas introducidas en Brasil por franceses y norteamericanos – que florecieron como trasplantes, ignorando solemnemente como a un matorral sin importancia todo lo que floreció antes de ellas –, Gilberto Freyre es heredero y conocedor profundo de Joaquín Nabuco, de Silvio Romero, de Euclides da Cunha, de Nina Rodrigues, cuyas obras leyó en su

totalidad, apreció lo que en ellas sigue siendo válido, las utilizó amplísimamente y las continuó.

Obsérvese que no hablo aquí de afinidades y consonancias con tesis antes enunciadas. Hablo de algo más relevante, que es la consecución del esfuerzo colectivo de ir construyendo, generación tras generación, cada cual como puede, el edificio del autoconocimiento nacional. Nadie puede dar su contribución, es obvio, si no conoce la bibliografía anterior. Y esto es lo que sucede con la generalidad de los científicos sociales. Desgraciadamente, esa bibliografía es inútil para ellos. Inútil porque, en realidad, sus contribuciones son pálpitos dados sobre otra argumentación, compuesta en el extranjero para ser leída y admirada allá. Por eso mismo, para nosotros también, sus obras son casi siempre inútiles o, a lo sumo, irrelevantes.

Mirando en torno, después de pasada la moda funcionalista y rota la ola estructuralista, lo que persiste de toda aquella gritería es principalmente el Lévi-Strauss de ese hermoso libro brasileño que es *Tristes Trópicos* y nuestro Florestan Fernandes de la *Organización Social de los Tupinambás*, por lo que nos da como reconstrucción viva de la vida de los indios que con más fuerza dejaron su sello en la hechura de todos nosotros, los brasileños. Probablemente nada ha de quedar de la copiosísima bibliografía ilustrativa y ejemplificativa, tan de moda durante un tiempo. Hoy todo eso es un mero papel impreso, que compone monumentos funerarios a quienes hicieron de su vida intelectual un ejercicio de ilustración reiterativa de tesis ajenas.

Lo más admirable en Gilberto Freyre, tan anglófilo y tan próximo a los norteamericanos, es que no se haya esclavizado científicamente. El riesgo fue enorme. Ciertamente no se escapó de él ninguno de los mil extranjeros de talento, sometidos al lavado de cerebro de las universidades norteamericanas en el transcurso del siglo XX. ¿Cuántos de ellos produjeron obras que merezcan ser recordadas y de las que se diga, con fundada esperanza, que serán probablemente reeditadas en el próximo milenio, como sucederá, con toda certeza, con *Casa-Grande y Senzala*?

Cabe una palabra más sobre el difundido método de Gilberto Freyre, del cual él mismo habla tanto: método no, pero sí pluralidad de métodos, tan citada y tan elogiada. Simplemente en *Casa-Grande y Senzala* no existe ningún método. Quiero decir, ningún abordaje al que el autor haya sido

fiel. Ningún método que el lector pueda extraer de la obra como un enfoque aplicable en cualquier parte. Es tan imposible escribir otra CG y S como es imposible reproducir a Gilberto, quien con sus talentos y sus terquedades la hizo más obra suya que su propio hijo. Por lo demás, no sería justo olvidar a esta altura que ninguna de las obras clásicas de las ciencias sociales es explicable por sus virtudes metodológicas. Al contrario. Todo lo que se produjo con extremado rigor metódico, haciendo corresponder cada afirmación con la base empírica en la cual se asienta, y calculando y comprobando estadísticamente todo, resulta mediocre y de breve duración. El hombre de ciencia, aparentemente, sólo necesita aprender métodos y estudiar metodologías para olvidarlos después. Olvidarlos tanto en la operación de observación como en esa misteriosa e inexplicable operación de inducción de las conclusiones. Olvidarlas, sobre todo, en la operación de construcción artística de la obra en que deberá comunicar a sus lectores, tan persuasivamente como sea posible, lo que él sabe.

Casa-Grande y Senzala y Sobrados y Mocambos – que por otra parte constituyen un solo libro y deberían ser publicados siempre juntos – ejemplifican magníficamente la primera categoría de obras, Me refiero a esas contribuciones importantes a la ciencia, que se convierten en libros clásicos que todos debemos leer por el gusto que nos proporcionan con su conocimiento nuevo y fresco. No así Orden y Progreso, por ejemplo, que corresponde mejor a la segunda categoría. Aquí tal vez porque Gilberto también pretendió seguir un método. Efectivamente, en Orden y Progreso intenta ceñirse a un plan tan riguroso como le es posible a una naturaleza indisciplinada y anárquica como la suya. Lo que, sin embargo, resultó fue un libro de calidad inferior que no se puede comparar con los dos primeros.

V. LOS PROTAGONISTAS

El escenario de Casa-Grande y Senzala es el litoral de la región nordestina. El Nordeste de Gilberto no es, sin embargo, el de chivo y “paçoca”,³ de secas y hambrunas, generalmente asociado con el nombre de aquella región. Sino el Nordeste del sirí y del pirón, de la caña y la tierra arcillosa. De árboles robustos, de sombras profundas, bueyes pachorrientos, de gente demorada y a veces redonda como sanchopanzas por la miel del ingenio, por el pescado cocido con pirón, por el trabajo parado y siempre

el mismo, por la opilación, por el aguardiente, por la grapa de caña, por el grano de coco, por los gusanos, por la erisipela, por el ocio, por las enfermedades que hacen hincharse a las personas, por el mal mismo de comer tierra. Digase de paso que esta cita no es de CG y S sino de Nordeste, porque allí es donde Gilberto retrata mejor a su tan amada región.

El tema de Casa-Grande y Senzala es el estudio integrado del complejo socio-cultural que se construyó en la zona forestal húmeda del litoral nordestino de Brasil, sobre la base del monocultivo latifundista de la caña de azúcar, de la fuerza-de-trabajo esclava, casi exclusivamente negra; de la religiosidad católica impregnada de creencias indígenas y de prácticas africanas; del dominio patriarcal del señor-de-ingenio, recluido en la casagrande con su esposa y sus hijos, pero cruzándose, polígamo, con las negras y las mestizas.

El objetivo de CG y S es esa familia “patriarcal” a la que Gilberto consagra toda su atención. Pero bien poca o ninguna a otra familia, resumida en la madre, concibiendo hijos engendrados por padres distintos – inclusive el propio señor – que los cría con celo y cariño, aunque sepa que son bienes ajenos que cualquier día le serán arrebatados para el destino que el señor les dé. Es verdad que la grandeza misma de la familia patriarcal del señor-de-ingenio era tanta que no dejaba ningún espacio social para ninguna otra familia. Pero es una pena que la miopía hidalga de Gilberto no le permitiese reconstruir esa matriz de Brasil, esta no-familia, esta anti-familia madricéntrica de ayer y de hoy, que es la madre pobre, negra o blanca, paridora, que engendró y crió al Brasil-masa. Gilberto anuncia introductoriamente su tema, dando una imagen vigorosa del mundo semi-feudal que va a estudiar; una minoría de blancos y blancuzcos dominando, patriarcales y polígamos, desde lo alto de las casasgrandes de cal y piedra, no sólo a los esclavos criados a montones en las senzalas, sino también a los labriegos de la región, agregados, moradores de casas-de-tapia-y-paja, vasallos de las casas-grandes en todo el rigor de la expresión. Lo que pasa es que no eran vasallos, puesto que producían mercaderías. Ni la sociedad era feudal, con semejante esclavización. Pero, ¿qué importan esas precisiones si él nos da una visión, tal vez no la más realista sino al menos más cautivante que cualquier otra, precisamente por ser expresionista e inspirada? ¿Cuánto valen nuestras indagaciones teóricas, tan sujetas a la moda, frente a una composición que ha de quedar para reconstituir, viviente, nuestro pasado o por lo menos el pasado de las clases patronales y patricias

de Brasil?

Gilberto nos ofrece un cuadro vivo y colorido como no habrá otro en literatura alguna sobre el proceso de formación del Brasil. Surgen en él, redivivos, los variados abuelos indios, negros, lusitanos y, por intermedio de ellos, moros, judíos y orientales que plasmaron al brasileño con sus singularidades de gente mestiza de todas las razas y de casi todas las culturas, además de bien provista de bienes traídos de toda la tierra.

Hablando de los primeros varones portugueses, ingleses, franceses, alemanes que vivieron dispersos por la costa brasileña en el quinientos, Gilberto Freyre los pinta como pobladores sin importancia, afechos a la vida salvaje, con mujer fácil y a la sombra de los cajúes y arazás. Señala que a ellos débese la formación del primer núcleo híbrido que fue la base y el forro de carne, amortiguando para los colonos portugueses, todavía vírgenes de experiencias exóticas, el choque vivo con tierras enteramente diferentes de la europea.

Oponiéndose aquí a las tesis antilusitanas, entonces en boga, de quienes describían a los montones de portugueses que llegaron primero a Brasil como una cohorte de criminales y corrompidos exiliados, GF los muestra como gente sana, expulsados por ridiculeces, abandonada en la playa como garañones disolutos, armados tanto de furores genésicos como de inclinaciones eugenésicas. Al propio Portugal de entonces Gilberto lo presenta como una provincia de Africa con la influencia negra hirviendo bajo la europea y dando un aire picante a la vida sexual, a la alimentación, a la religión. El aire de Africa, un aire caliente, oleoso, ablandando en las instituciones y en las formas culturales las durezas germánicas, corrompiendo la rigidez moral y doctrinaria de la iglesia medieval; sacándole los huesos al cristianismo, al feudalismo, a la arquitectura gótica, a la disciplina canónica, al derecho visigótico, al latín, al carácter mismo del pueblo. Frente a todas esas blanduras sólo el constante estado de guerra contra la morería habría templado el carácter portugués para la gran hazaña de Camoens.

Gilberto no se cansa de admirar el extraordinario prodigio de tener un Portugal casi sin gente... consiguiendo salpicar virilmente, con su resto de sangre y de cultura, a poblaciones tan diversas y a tan grandes distancias... Prodigio tanto mayor porque se trataba de un sobrante de gente casi toda menuda, en gran parte plebeya, y además de eso mozárabe. Tanta sería la

escasez de gente para tamaña tarea, que Gilberto desarrolla una tesis bien gilbertiana para explicar cómo se cubrieron las necesidades de gente para la tarea imperial: fue un milagro... Ante todo el milagro de poner la propia religión al servicio de la procreación, impregnando todo de sexo. Hasta los dulces de los conventos serían convertidos en dulces afrodisíacos, pecaminosos, híbridos, femeninos, por el gusto y por los nombres: besitos, destetados, levanta-viejos, beso-de moza, casaditos, mimosde-amor. El superlativo se lograría con los nombres monásticos de muchos de ellos: suspiros-de-monja, tocinito del cielo, barriga de monja, manjar del cielo, papada de ángel. La influencia mahometana en Portugal es quizás la que Gilberto reconstruyó con más simpatía y cariño. De ella nos vendría, por vía de los lusitanos, la expresión mourejar,⁴ aunque no el buen hábito de trabajar duramente. Pero también y principalmente el ideal femenino de la mora encantada, la dulzura en el trato de los esclavos (sic), el gusto por el aceite y por las buenas aceitunas, las paredes azulejadas y con ellas el amor al aseo, al lustre y la claridad. En este tramo Gilberto se entusiasma y comienza a desvariar. Le atribuye a los moros un misterioso sentimiento lírico y un pudor contenido para los goces carnales, que habrían inculcado a los lusitanos y los brasileños. Es justo apuntar, sin embargo, que GF no deja de registrar también, como contribuciones fundamentales de los sarracenos a la cultura brasileña, la caña de azúcar y el ingenio, la noria y el sistema de riego, entre muchas otras.

Del judío, al contrario, el retrato es caricaturesco e implacable. Primero afirma que la saña antisemita de los lusitanos no sería racismo, sino simple intolerancia en defensa de la pureza de la fe. Destaca, de paso, que eso era muy explicable ya que el judío de Portugal se mimetizó y asimiló tanto que terminó olvidándose de sí, como cristiano nuevo, oriundo de conversiones de muchos siglos atrás. Por eso se necesitaba descubrir, denunciar y sacar de sus madrigueras a esos desmemoriados semitas para evitar que recayesen en juderías. El odio al semita provendría de la ojeriza al prestamista cruel, explorando al pueblo portugués en provecho propio, de reyes o de nobles. Técnicos de la usura, en eso se convirtieron los judíos en casi todas partes por un exceso de especialización casi biológica, que les fue agudizando el perfil de ave de rapiña, la mímica en constantes gestos de adquisición y posesión, las manos incapaces de sembrar y de crear. Sólo capaces de juntar dinero.

Buscando identificar las influencias sefarditas sobrevivientes en el carácter lusitano y en el brasileño, Gilberto encuentra, como de

costumbre, muchas novedades. De ellos nos vendría, por un lado, el horror al trabajo manual y, por el otro, nuestra inclinación al “bachillerismo”, asociada a nuestra debilidad por títulos doctorales y docentes, así como por todo lo que simbolice sabiduría letrada, como los anillos de graduado y los anteojos. Los judíos serían también muy proclives a tener esclavos para hacerles hacer todo el trabajo, y concubinas, también esclavas, para otros menesteres.

La influencia más remota citada por Gilberto es la del Lejano Oriente, de donde los Iusos trajeron diversas cosas, algunas tan brasileñas hoy como los cocoteros de Bahía, los anones, los mangos y los tamarindos. De allá también nos llegaron muchas extravagancias, como el gusto por las joyas de piedras falsas, por bombas y fuegos artificiales; los abanicos olorosos, los bastones, las literas y las coloridas sombrillas. Con ellos nos llegaron los tejados dulcemente curvados como monturas, la porcelana china de la cual aún quedan por ahí pedazos azules, y la planta y el nombre del té llamado inglés. Las mismas naves del Oriente – tan cargadas que venían arrastrándose por el mar con balanceos de mujer grávida – nos trajeron el jengibre y el sándalo, la pimienta, el añil y el benjuí.

VI. LOS INDIOS

La apreciación que se lee en CG y S acerca del grado de desarrollo de las culturas tribales brasileñas no es sino grosera: tierra y hombres estaban en estado bruto. Ni reyes, ni caciques. Tan sólo jefes temporales. Indios salvajes. Gente casi desnuda e insignificante, durmiendo en redes o por el suelo, alimentándose de harina de mandioca, de frutas del monte, de la caza o del pescado, comido crudo o asado en las cenizas. La agricultura, unas plantaciones ralas de mandioca o mindubí, y una que otra fruta. Mas adelante abunda en los mismos argumentos, diciendo que el portugués encontró aquí una de las poblaciones más chatas del continente... una cultura verde e incipiente; aún en la primera dentición.

Para GF el indio es el silvícola nómada, de cultura todavía no agrícola, a pesar de las plantaciones de mandioca, ñame, maíz, zapallo, mamón, practicadas por las tribus menos atrasadas. Solamente en esa lista existen hechos suficientes como para que se hable de una agricultura tropical, desarrollada por el indígena, que habría sacado esas especies del estado salvaje, convirtiéndolas en plantas domésticas, hazaña sólo comparable a

la de los orientales que antes domesticaron el centeno y el trigo. Pero nuestro autor, negrista inveterado, no advierte esto y continúa jugando con el contraste, como si fuese necesario disminuir al protagonista indígena para resaltar al negro.

Innegablemente, el fuerte de Gilberto Freyre no es su etnología indígena, Por eso mismo es comprensible que eminentes antropólogos no pudiesen ocultar su indignación con los conceptos de Gilberto sobre los indios. Florestan Fernandes reproduce, irónico, las apreciaciones de Gilberto sobre la reacción contráctil, vegetal del indio ante el invasor, retirándose, achicándose, y sobre las consecuencias letales de la implantación del ingenio, resumidas por él con la frase: el azúcar mata al indio – para señalar el carácter superficial de esos juicios y su mediocre capacidad explicativa. Baldus cita, satírico, la parte en que Gilberto Freyre revela que el europeo saltaba a tierra resbalando en indias desnudas, ávidas mujeres ardientes donde hasta los clérigos hundían el pie en la carne.

Sin embargo, la verdad, un tanto melancólica, es que a pesar de esas deficiencias evidentes al por menor, CG y S da al por mayor una imagen mejor de la herencia indígena que todo lo que se podía leer en los textos disponibles en ese entonces. Es cierto que más tarde la etnología brasileña creció tanto que hoy sería posible trazar un cuadro mucho mejor. Con todo, está por aparecer alguien que se aboque a esa tarea munido de la capacidad de escritor y del conocimiento científico necesario para realizarla con saber y con arte.

Siguen siendo valiosas las consideraciones de Gilberto acerca del papel de la mujer indígena como matriz genética y como trasmisora de fundamentales elementos de cultura. Entre ellos muchos alimentos y drogas y tanta comida de indio adoptada por el brasileño y de la que GF nos da amplias noticias, repleta de nombres complicados con sabor de selva y agreste paladar. La herencia más preciosa, a su juicio, habría sido la de sus enseñanzas sobre el cuidado de la casa y de los hijos, el uso de la red y su armazón y, sobre todo, los buenos hábitos de aseo corporal y de baño diario en el río que tanto escandalizaban al puerco europeo.

La contribución cultural del hombre indígena GF la reduce a casi nada. Sólo valora, y considera como formidable, su obra de devastación, de conquista de los sertones donde él era guía, remero, guerrero, cazador, pescador. Para lo que no serviría es para la rutina tristonza de la plantación

de caña, que sólo las reservas extraordinarias de alegría y de robustez animal del africano tolerarían bien.

Examinando la herencia espiritual indígena, Gilberto Freyre se demora, relacionando increíbles abusos. Sin embargo, recalca aquí y allá un animismo y un totemismo genéricos muy del gusto de la antropología de entonces, que él generaliza fantasiosamente como sobreviviendo en los brasileños todavía tan próximos al monte vivo y virgen.

Aparentemente trataríase aquí de un alarde más de estilo, de una nueva imagen suelta como tantas que Gilberto se permite. Pero no es así. Más adelante retoma el tema, muy serio, para afirmar que todavía estamos a la sombra de la selva virgen como tal vez ningún otro pueblo moderno civilizado.

Y la emprende entonces con una ampliación desorbitada de la tesis de la selvaticidad atávica de los brasileños, puesta ahora al servicio de su actitud reaccionaria. Ella sería el motor recóndito de un furor salvaje y sanguinario, de un placer enfermizo de destrucción que se manifiesta en asesinatos, saqueos, invasiones de estancias por cangaceiros. Y por ahí se va GF muy suelto en alas de su “reaccionarismo”, en un crescendo que lo lleva a atribuir a la misma selvaticidad congénita los movimientos políticos y cívicos de raíces sociales más profundas, que convulsionaron a vastas regiones de Brasil. Para Gilberto Freyre éstos serían puras explosiones de furor atávico que desencadenaría la violencia popular al manifestarse libremente. Según esa teoría, las revoluciones sociales brasileñas o las tentativas de desencadenarlas no tendrían su origen en la opresión y la desigualdad, sino en reminiscencias culturales aborígenes.

Volviendo a la oposición negro-indio que ocupa páginas de CG y S, encontramos, entre otras, esta joya: dejémonos de lirismo... el indio no servía para esclavo por incapaz e indolente. El negro sí. Sobre todo si era disciplinado en su energía intermitente por los rigores de la esclavitud. Gilberto entra, entonces, a desgranar causas y se hunde aún más. Rechaza acertadamente la supuesta oposición de la altivez indígena frente a la pasividad africana, como puro romanticismo indigenista, pero lo hace tan sólo para caer en otro contrapunto igualmente falso: el de la oposición entre una cultura nómada y una cultura agrícola. No es así. Indios y negros eran agricultores, y los indios, como agricultores, aportaron mucho más en técnicas de labranza y en plantas cultivadas que los africanos, para la

adaptación de Brasil al trópico. El papel del africano aquí fue mucho más como fuerza energética que como agente cultural. Lo más penoso es que toda esta confusión sería prescindible porque en los textos del propio Gilberto se encuentran explicaciones fundadas en factores sociales y culturales mucho más convincentes que esas oposiciones simplonas, esas caracterologías psicologistas y esas exaltaciones ultramontanas. La única explicación aquí – más que la de una actitud reaccionaria – es la claudicación del estudioso ante el literato, quien, al calor de la inspiración, sigue entretejiendo sus páginas con todos los hilos coloridos que pudo volver a tramar y urdir, atento solamente al bordado artístico que de ello resulta.

VII – EL JESUITA

Donde Gilberto Freyre nos ofrece un cuadro realmente expresivo, donde indaga con más libertad y sin prejuicios, donde renueva valientemente la visión brasileña, es en el examen del papel desarraigante del jesuita. Es en el análisis agudo y vivaz de su tarea de sacar de la cultura indígena hueso por hueso para disolver lo poco que había de duro y de viril en esa cultura, capaz de resistir. Para esto el jesuita habría desarrollado toda una pedagogía fundamentada en la utilización de los niños como agentes de cambio cultural. Al curumín el sacerdote iba a arrancarlo verde de la vida salvaje: con dientes tan sólo de leche para morder la mano intrusa del civilizador. No querían la destrucción del indígena, aclara GF, pero necesitaban quebrar en la cultura moral del salvaje su vértebra y en la material todo lo que pudiera resistir a la catequesis. Lo que habrían conseguido por esta vía era fabricar caboclos seráficos, hombres artificiales, que ayudarían a fundar en Brasil una república de indios domesticados para Jesús. Eso si los pobladores portugueses no tuviesen otro destino más viable que dar a la indiada rescatada, esclavizada y convertida en piezas, verdaderas monedas de carne que, por corromperse fácilmente o gastarse con el uso, constituían un capital incierto, inestable.

Exhaustos, sin embargo, por el esfuerzo de remar contra la corriente de la historia, los jesuitas habrían terminado por asumir el papel menos glorioso de amansadores de indios. Así es como fueron los propios ignacianos, finalmente, los agentes más eficaces del alistamiento de la indiada. Hecha bajar por ellos de los yermos donde vivían libres pero inútiles para el trabajo en las obras oficiales, para la esclavización en mano

de los colonos y, principalmente, para las propias estancias-misiones de la Compañía. Para GF los curas se habrían dejado seducir por las delicias del esclavismo al mismo tiempo que por los placeres del comercio. Contribuyeron también, concentrando a los indios, a las epidemias que, junto con la esclavitud, provocaron el despoblamiento de Brasil de su gente autóctona.

El principal saldo que habría quedado al cabo de esta historia secular y terrible, conseguido a través de ese espantoso desperdicio de gente, sería el habla brasileña, con su portugués. Deshuesado de ss y rr, la lengua de Camoens hablada por indios y mestizos se había infantilizado en hablar de niño. Otra contribución cultural viviente está en la cantidad de nombres indígenas de cosas, de gentes y de animales que aprendimos de los “curumines”. Son páginas y más páginas de noble descripción las que GF nos entrega en CG & S. Es verdad que son tan deliciosas de leer literariamente como irritantes para los que luchan por darle orden y precisión al lenguaje científico. Mayor aún, supongo, será la desesperación del lector extranjero – y sobre todo de los traductores – ante esa riqueza de indianidad que Gilberto colecciona y exhibe como mariposas embalsamadas: curumí, urupuca, alguidar, cabaço, pipoca, tetéia, fogo, mundeu, jequiá, tingui.⁶ No sería difícil llenar una página entera con ellas.

La vida típica del brasileño señorial es reconstruida por Gilberto Freyre en detalle y con exuberancia. Comienza por el parto, descrito como inminente peligro de tener una bella muerte de angelito para ser enterrado en alegres cajones azules, si es un niño, rosado si es niña. Superado ese momento pronto deja de mamar en la madre blanca, agarrándose entonces de las tetas de la madre negra. Crece y gatea bajo los ojos y los cuidados del ama, que le da del mundo la versión más dócil, como un universo gentil, comandable a gritos. Comienza ahí a abrasileñarse. GF evoca el proceso con añoranza: mimos de esclava negra... de una bondad tal vez mayor que la de los blancos... de una ternura que los europeos no conocen igual. De ella es de donde nos vino este misticismo cálido, voluptuoso con el cual se ha enriquecido la sensibilidad, la imaginación, la religiosidad de los brasileños.

Cuando tiene fuerzas para caminar, el ñoño⁷ de ingenio se vuelve un demonio rompiendo ojos de animales y de gentes, cometiéndole cuanta tropelia se le ocurre, con el estímulo del padre, sonriente, satisfecho de

tener un hijo que comienza pronto a revelar sus cualidades agresivas. Una vez crecido, impelido por el clima y por el ambiente esclavista, antes de ser iniciado por alguna negra mañosa, el muchachito brasileño se entregaba con todo entusiasmo y denuedo a una serie de inocentes prácticas sexuales sadistas y bestiales. Las primeras de sus víctimas eran los negritos de juguete y animales domésticos; más tarde venía el gran atolladero de carne: la negra o la mulata. Antes de eso gozaba anticipos, frotándose en agujeros hechos en los troncos del banano, de la sandía, y hasta incluso en el fruto del cacto mandacará con su jugo y astringencia casi de carne. El padre, otra vez, asistía a todo eso contento. Veía en el hijo, reiteradas, sus hazañas juveniles, nostálgico y orgulloso de ellas. Tan sólo probaban que él no sería un marica, gracias a Dios. Sino un macho mujeriego, desflorador de mocitas, como correspondía. No estaría ausente, tampoco, un cierto cálculo contable, sugiere GF; preñando negras, aumentaba el rebaño paterno. Muchos quisieron culpar a la esclava de corruptora por la facilidad con que abría las piernas al primer deseo del señor joven. Deseo no, orden.

A los 10 años el señorito es metido a la fuerza en el papel de hombrecito, vestido y peinado como la gente grande, el cuello duro, pantalón largo, ropa negra, botines negros, el andar grave, los gestos severos, un aire tristón de quien acompaña un entierro. Llegaba entonces el tiempo de los estudios. Primero en el propio ingenio, al cuidado del padre o de un profesor pecuniario (sic). Después, en el colegio de la ciudad para mejor aprender a leer, escribir y contar, declinar latín y recitar francés. Imagínese, dice Gilberto lleno de pena, qué nostalgias tendría el pobrecito del ingenio, de toda una vida de vagabundeo – el baño en el río, la trampera para agarrar pajaritos, riñas de gallo, juego de naipes en el burdel, con los negros y los mulatitos, flirteo con las primas y las negritas. El contraste sería tanto más grave porque en el colegio lo que lo esperaba con frecuencia era el abuso de los coscorrones y la palmatoria. No es de extrañar, concluye el autor, que muchos niños descorazonados se consolasen con el onanismo o la pederastia.

Al contrario del muchacho, adiestrado para padrillo, la jovencita era modelada para ser siempre fiel a la castidad, vergüenza, recogimiento, pudor, severidad y modestia, como correspondía a su condición de clase. Pero, con tanto empeño y celo y con tanta vigilancia, que es como si se tuviera la certeza de que, no bien se entregara a sí misma, fuera del recinto vigilado, caería en seguida en la desfachatez. Crecía rápidamente bajo

rígidos controles, sólo compensados por los cariños de la mucama que la peinaba, lavaba, le limpiaba los piojos, le hacía mimos, le contaba cuentos, cantaba y sufría, callada, todas las agresiones sádicas de la señorita imposible. En ella se preparaba, a costa de oraciones y de pellizcos, la mujercita que pronto saldría de casa. Niña aún, florecía oliendo ya a la mujer apta para el matrimonio y el amor. Se casaba entre los 12 y 13 años. El primer parto sobrevenía más o menos a los 14.

El jovenzuelo maduraba más lentamente para los papeles sociales del señorío familiar. Sólo a los 26 años sería un hombre hecho y derecho, de hombría marcada orgullosamente en las cicatrices venéreas. Se casaba poco después – con alguna prima – entrando así en la tercera estación de la vida, en la que retomaba, en cierto modo, los gozos de la infancia. Lo que lo esperaba de ahí en adelante era una vida tibia, lánguida, morosa, melancólica y sensual, nos dice Gilberto. Para esos placeres se rodeaba de numerosa servidumbre doméstica que constituían literalmente los pies de los amos: caminando por ellos, cargándolos en red o en litera. Y las manos – o al menos las manos derechas –, las manos de vestirse los amos, calzarse, abotonarse, limpiarse, despiojarse, lavarse, sacarse los parásitos de los pies. El fruto de tanta pereza en la vida diaria del señor blanco era hacer de su cuerpo casi exclusivamente el membrum virile: manos de mujer, pies de niño, sólo el sexo arrogantemente viril.

La mayor parte de la vida, el señor-de-ingenio la pasaba en la red. Red quieta con el señor descansando, durmiendo, adormilándose. Red en movimiento, con el señor de viaje o de paseo entre alfombras o cortinas. Red que cruje, con el señor copulando dentro de ella. Después del almuerzo o de la cena, era en la red donde hacían lentamente la digestión – escarbándose los dientes, fumando cigarros, escupiendo en el suelo, eructando fuerte, soltando pedos, dejándose abanicar, agradar y limpiar los piojos por las negritas, rascándose los pies o los genitales; unos rascándose por vicio, otros por enfermedad venérea o de la piel.

Al acercarse la muerte, se preocupaba de lavar el alma con confesiones, pero sobre todo de perpetuar la prosperidad de los hijos legítimos. Algunos también se preocupaban por liberar y dotar a todos o algunos de los bastardos paridos dentro de casa por las negras y mulatas. El cuerpo muerto, una vez tratado con el vanidoso aparato de embellecimiento de difuntos, era velado por la noche con grandes gastos de cera, con muchos cánticos de curas en latín, mucho llanto de las señoras y los negros, para

ser sepultado al otro día bajo las losas de la capilla, que era una dependencia de la casa-grande. Discurriendo – aquí también sabía e innovadoramente – sobre las condiciones alimentarias y de salud del Brasil colonial, Gilberto Freyre se exaspera: Nada que ver con un país de cucaña. Tierra de alimentación incierta y vida difícil es lo que fue Brasil durante los primeros siglos. Más adelante detalla: abundancia sólo de dulces, mermeladas y pasteles fabricados por las monjas de los conventos: era con eso con lo que se redondeaba la gordura de los frailes y de las señoritas. Concluye juiciosamente diciendo que, bajo tanta hambre y enfermedades, los brasileños serían una inútil población de caboclos y blancuzcos, más valiosa como material clínico que como fuerza económica. Ahí viene entonces otra parrafada gilbertiana sobre la negrería. ¡Ya es demasiado! Esta habría sido tratada racionalmente con remedos de taylorismo, habría comido abundantemente: porotos, zapallo, charque, bacalao, tocino, melaza. Y concluye: sólo después del descalabro de la Abolición (sic) los negros se vieron devastados por las endemias y enfermedades verminosas que pudrían en vida a los demás brasileños. Ignorantes, GF prosigue diciéndonos más adelante que, tras la Abolición, persiste el latifundio monocultor, creando un proletariado de condiciones menos favorables de vida que la masa esclava. Para Gilberto, una vez liberados, los negros habrían comenzado a morir de nostalgia del patriarcalismo que hasta entonces amparó a los esclavos, los alimentó con cierta largueza, los socorrió en la vejez y en la enfermedad, proporcionándoles a ellos y a sus hijos oportunidades de ascenso social.

VIII. LA NEGRERIA

A lo largo de toda la respetable extensión de CG y S, el lector ve exhibirse, bien urdida, la viciosa costumbre de Gilberto Freyre. Se trata de una especie de bloqueo sentimental, quizás alguna fijación de quien lleva metida tan adentro la imagen de la ama-esclava, gorda y lustrosa y buena, que no tiene ojos para ver al negro-de-la-plantación, quemado por millones como un carbón humano, primero en los hornos del ingenio y en los sembrados de caña, después en las minas y en los cafetales. Tan así era que el promedio de vida de un negro-de-plantación no pasaba de cinco a siete años, conforme a la región y a la intensidad de la producción de cada período. Y esto era suficiente para que rindiese mucho dinero. Tan así era, que se necesitaba importar cada año un porcentaje creciente de masa esclava (2,5 a 5%) y un número cada vez más abultado de negros africanos

sólo para mantener el stock, reducido constantemente por la enorme mortalidad. También se ve que era así – o sólo Gilberto no lo ve – por todos los testimonios diversos sobre el mal negocio que era montar esos criaderos de negros esclavos que tantos señores habían intentado. Las declaraciones más conocidas demuestran que no valía la pena criar porque los negros nacidos en Brasil salían más caros por lo que comían, mientras iban creciendo, que el africano comprado ya hecho y listo para el desgaste rentable. Aunque llegase bruto e ignorante.

Contrasta con esta mala costumbre de nieto fiel y nostálgico del abuelo esclavista, el trazo más simpático y característico de GF y que es el verdadero placer con que señala contento, orgulloso, la marca de la influencia negra que Brasil denota: en la mímica excesiva, en el catolicismo en el que se deleitan nuestros sentidos, en la música, el caminar, el habla, las canciones de cuna, en todo lo que es expresión sincera de vida.

Efectivamente, lo que provocó más admiración y sorpresa a los primeros lectores de CG y S fue el negrismo de GF. Este venía a decir – aunque en un lenguaje medio desbocado, pero con todos los aires de hombre de ciencia viajado y provisto de múltiples erudiciones – que el negro – en el plano cultural y de influencia en la formación social de Brasil – había sido no sólo superior al indígena – cosa ya dicha, aunque muy controvertida – , sino hasta al mismo portugués en varios aspectos de la cultura material y moral, principalmente de la técnica y la artística.

Además de la altivez cultural, el negro poseería además ventajas físicas sobre los blancos y sobre los indios. Por ejemplo, chorreando aceite por todo el cuerpo y no sólo soltando unas gotas por las axilas, estaría provisto de una ventaja fundamental para la vida en los trópicos. Sobre los indios tendría incluso la superioridad de agregar, a estas ventajas, la de un espíritu alegre, vivo, locuaz, y en consecuencia plástico, adaptable, en contraste con el carácter introvertido, tristón, duro, tieso, inadaptable del selvícola brasileño. Soberbio como un grande de España.

Donde predomina una u otra matriz, varía, según Gilberto, el carácter nacional brasileño, que salta de la sociabilidad alegre, expansiva del babiano – porque es mulato – al aire tristón, callado, sonso del piauense, del pernambucano y de otros descendientes de la indiada. La ligereza de la contraposición indio-negro, aquí reiterada en estos términos, nos hace

sospechar que Gilberto no frecuentó tantos xangós⁸ como proclama. Es bien sabido que nunca vio a otro indio que no fuese Fulnió de Aguas Bellas. Sólo así podría imaginar y describir, con tanta infidelidad como seguridad, a los negros y los indios como los describe, sólo fiel al estereotipo vulgar de uno y de otro.

Una de las mejores contribuciones de Gilberto se encuentra probablemente en el análisis crítico de las llamadas influencias deletéreas que el negro habría ejercido sobre los brasileños. Gilberto comienza por separar cuidadosamente lo que debe atribuírsele al negro, en cuanto esclavo, de lo que se le puede deber como ente cultural africano. Afirma, de entrada, que no hay esclavitud sin depravación para aseverar que es a ésta a la que se debe relacionar con el erotismo, la lujuria, la perversión de la que tantos autores acusaban al negro, ciegos ante el hecho de que tales “vicios”, si existían, debían ser atribuidos al señor que los favorecía, tanto para sus placeres como para hacer rendir más a su rebaño. Hasta aquí muy bien. Pero ahí vuelve Gilberto, nuevamente, huyendo de sí mismo para exagerar y decirnos que, en los primitivos, habría sido mucho más moderado el apetito sexual, tanto que los negros, para excitarse, necesitan estímulos picantes, danzas afrodisiacas, cultos fálicos, orgías. Mientras que en el civilizado nada de eso sería necesario. Hasta los órganos genitales de los negros serían subdesarrollados para nuestro autor. De las negras nos dice que son más bien frías que fogosas, según una prestigiosa autoridad británica.

El señor blanco es quien, ardoroso y enloquecido por las negras, principalmente por las mulatas, habría introducido el libertinaje en la senzala. Y, con él, la sífilis de la que también se quiso acusar al negro diciendo que la había traído a Brasil. Gilberto demuestra que ésta es gloria legítima de la civilización. El señor es quien habría contagiado a la negra, a veces todavía virgen, por puro placer y como recomendadísimo depurativo de la sangre. Sifilítica, entonces, la negra comenzaría a contaminar a Dios y al mundo entero. La sífilis, dice Gilberto, hizo lo que quiso en el Brasil patriarcal. En el ambiente voluptuoso de las casas grandes, llenas de criadas, negritas, mulatas, mucamas, es donde las enfermedades venéreas se propagaron más fácilmente a través de la prostitución doméstica – siempre menos higiénica que la de los burdeles.

Hasta ahora, vamos bien: si no es comparable, será al menos verosímil. Pero he aquí que Gilberto se nos escapa otra vez. Ahora, para decir –

siempre con pruebas en mano – que son los niños de pecho los que contaminaban los pechos de las ayas-mucamas. ¿Para qué cosa no se encuentra un testimonio bíblico o alguna prueba escrita en este mundo? La sodomía, muy generalizada en el Brasil colonial, según Gilberto, no sería tampoco un legado africano sino portugués, de buen ancestro romano. Sodomitas habrían sido, desde fundadores de nuestras familias importantes, como los Cavalcanti, de Pernambuco, y héroes y generales lusitanos, como el Terrible Albuquerque, hasta huérfanos recogidos en los colegios jesuitas. No diré otra vez que a Gilberto se le fue la mano. Nada de eso. Bien puede ser verdad. Pero el lector no podrá dejar de admirarse al verse convencido de que el negro habría aprendido de los blancos los propios hechizos del amor y otras cosas más. Al dominar el negocio de las brujerías las habrían coloreado y africanizado mediante la sustitución de mandrágoras por sapos en los sortilegios. De éstos Gilberto detalla mucha receta asquerosa.

Al negro también le endilga, en los últimos capítulos, lo que le había atribuido en los primeros al indio: el hablar gordo, descansado, blando, sin “rr” ni “ss”. El ama negra, al enseñar a hablar al niño, hace con las palabras lo que hacía con la comida: le sacó las espinas, los huesos, las durezas, dejando solamente para la boca del niño blanco las sílabas blandas. Así es que el portugués de los brasileños incorporó desde corruptelas como caca, pipí, bumbún, cocó, hasta expresiones africanas que usamos como totalmente nuestras: dengue, cafuné, bunda, cacula, banzo, quindim, catanga, cachimbo y muchas y muchas más.

Para Gilberto Freyre otras dos contribuciones del negro – además, digo yo, de las muy grandes que dio como constructor de cuanto se hizo y productor de cuanto se produjo en los sectores más dinámicos de la economía colonial – fueron: primero, proteger con la sexualidad descontrolada de las mulatas la virtud de las jovencitas blancas; segundo, enseñar al brasileño a explotar todas las posibilidades de las papilas de la lengua y de los nervios olfativos, con su magia culinaria. Al negro se le debe la introducción o el uso sabio del aceite de dendé, de la pimienta malagueta, del quiabo,¹⁰ el carurú,¹¹ la taioba¹² entre muchas otras especies. Fue él también nuestro maestro en la preparación de farofas, vatapás, acarás, acarajés, manuês, mugunzás, efôs, chinchins de galinha, feijoadas, mocotós, abarás, arroz-de-coco, feijão-de-coco, angús, pão-de-ló y arroz, rebuçados, aloás.¹³ Grande sería la lista si quisiéramos repetir todo lo que Gilberto cuenta y degusta en letra de molde.

La noticia que Gilberto nos da del ciclo de vida del negro es, naturalmente, mucho menos informativa que sobre la vida y carrera típicas del blanco señor-de-ingenio, que ya antes resumimos. Tan sólo nos dice que muchísimos morían en el parto. Muchísimos otros durante los primeros años de la infancia, Después – ¿quien sabe? – sobrevivían algunos, puesto que el señor, atenta a lo que podría ganar, trataba de alimentar las crías de las negras, con los ojos puestos en su futuro valor venal. La existencia social de todo negro nacido en la tierra, tanto como del venido de Africa, comenzaba con el bautismo, que Gilberto presenta como el primer hervor que sufría la masa de negros antes de integrarse a la civilización oficialmente cristiana. A partir del rito, el negro nuevo, puesto en la plantación junto a los ladinos, iba aprendiendo a trabajar en la misma medida en que se desafricanizaba y se abrasileñaba. Muy pronto el negro común comenzaría el trabajo en la plantación, teniendo sólo la posibilidad de hacer carrera si presentaba cualidades especiales de dulzura o de gracia que pudieran sugerir que serviría mejor como mulatito de juego y golpes para el niño o como futura mucama para la niña. Otra carrera le estaría reservada a las mulatas más mañeras cuando eran esclavas de señoras de ciudad. Las lavarían, peinarían, perfumarían, adornadas con aros y cadenas de oro, para dedicarlas a la putería explotadas por sus amas. Ellas son las que llenaron las casas de prostitución antes que la riqueza permitiera importar a francesas y polacas. Mejor aún era la carrera de casera o concubina de señor rico o de cura mujeriego. Esas vivían cubiertas de paños-de-la-Costa, chales de seda, abalorios y dijes, aduladas por su influencia, queridas como amantes lujuriosas y, sobre todo, temidas como hechiceras.

La verdadera gloria, sin embargo, nos dice Gilberto, sólo alcanzaba a la negra salida de la plantación – y así casi liberada de la condición real de esclavo-masa – para ser adorno y como tal servir de mucama del señor y de la señora. Es justo decir que la figura de la mucama preside CG y S. Al salir de la senzala, ella, por sus facciones más dulces y finas, por su estampa más agradable, tenía como oficio atender, de ahí en adelante, personalmente a los señores, entrando así en la intimidad de la familia patriarcal. Con ella llegaban los negritos, hermanos de leche o de cría, y con ellos muchos chicos, camaradas y mulatitos que llenaban la casa-grande. Sin embargo, todos ellos estaban allí de paso, pudiendo ser vendidos o devueltos a las rudezas de la plantación. Las mucamas no. Jamás. A ellas les cabía un lugar verdaderamente de honor que ocupaban

en el seno de las familias patriarcales. Libertas, se redondeaban, casi siempre convertidas en enormes negronas. Negras a quienes se les daban todos los gustos: los niños les pedían la bendición, los esclavos las trataban de señoras. Los cocheros andaban con ellas en carruajes. En días de fiesta, quien las viera anchas y envalentonadas entre los blancos de la casa, podría suponerlas señoras bien nacidas: nunca esclavas venidas de la senzala. Las nietas contemporáneas de estas señoras-mucamas serían las numerosas negras bahianas, vendedoras de dulces en las calles de las grandes ciudades brasileñas. Su porte es de reinas, exclama Gilberto. Unas reinas de lujo y garbo, esbeltez heráldica, gracia de talle y ritmo en el andar. Por encima de muchas combinaciones, de linos blanquísimos, la pollera noble, adamascada, de vivos colores. Los pechos gordos, altos, pareciendo querer saltar de los encajes de sus cuellos. Dijes, figas, pulseras, gorro o turbante musulmán. Chinelas en la punta del pie. Estrellas marinas de plata. Braceletes de oro. Unas reinas.

Buscando con mucho ahinco a lo largo de los centenares de páginas de CG y S, el lector recogerá aquí y allá alguna referencia al negro multitudinario, común, ordinario: que tiene las vergüenzas cubiertas por una tanga, Muy pocas, en verdad. Poquísimas. La información mas amplia que Gilberto nos da es acerca de su muerte. Una muerte parca. Los negros ladinos,¹⁴ buenos para el servicio, que no rían en el ingenio, eran devueltos en esteras y sepultados en el cementerio de los esclavos. Los nuevos, sobre todo en la ciudad, eran enterrados de cualquier manera en la arena de la playa donde los perros y cuervos los desenterraban sin trabajo para roer y picotear. Esto cuando no eran simplemente atados a un palo y arrojados ala marea.

Pero Gilberto no los desampara totalmente. En la última página de CG y S encuentra suficiente espacio para decirnos que no fue siempre alegría la vida de los negros esclavos de los niños y las niñas blancas. Hubo algunos que se suicidaron comiendo tierra, ahorcándose, envenenándose con yerbas y pociones de los hechiceros. El banzo dio cuenta de muchos. El banzo – la añoranza del Africa. Hubo algunos que de tan nostálgicos quedaron atontados, idiotas. No murieron: pero quedaron penando. Y sin encontrarle gusto a la vida normal – entregándose a los excesos, abusando del aguardiente, de la marihuana, masturbándose.

NOTAS DE RODAPÉ

1. La sílaba final ão corresponde al on español, pero es más frecuente aún su uso en el idioma portugués. – N. del T.
2. Expresión equivalente a brasileñísima, típica del Brasil. – N. del T.
3. Carne asada y cortada, pisada con hatina de mandioca y, a veces, servida con bananas. – N. del T.
4. Mourejar: trabajar mucho, como un moro. – N. del T.
5. Niño, en lengua tupi. – N. del T.
6. Damos a continuación el principal significado, en castelano, de cada una de estas palabras: Curumí o Curumín: niño; Urupuca: trampa; Alguidar: recipiente de barro o de metal; Cabaço: calabaza; Pipoca: grano de maíz estallado bajo la acción del calor, que se come con sal o miel; Tetéia: dije; Fogo: casa de una familia, Mundeu: trampera para cazar; Jequiá: cesto abierto; Tingui: arbusto de la familia de las leguminosas. – N. del T. VII EL BRASILEÑO SEÑORIAL
7. Nhó nhó: tratamiento que los negros daban a los niños y jovencitos. – N. del T.
8. Ceremonias de culto negro con influencia religiosa africana. – N. del T.
9. Significado, en castellano, de estas expresiones: Dengue: coquetería; Cafuné: caricia; Bunda: nalgas, trasero; Caçula: benjamin de una familia; Banzo: nostalgia de su tierra de los negros africanos; Quindim: dulce de yema de huevo, coco y azúcar; Catinga: tanspiración maloliente, especialmente de los negros; Cachimbo: pipa. – N. del T.
10. Quiabo: Fruto capsular cónico, verde y peludo producido por una planta de la familia de las malváceas. – N. del T.
11. Carurú: nombre aplicado a varias plantas amarantáceas. – N. del T.
12. Taioba: planta de la familia de las aráceas. – N. del T.
13. Farofas: harina de mandioca escaldada o tostada con manteca o grasa y que se mezcla con huevo, aceitunas y carne; vatapás: papilla de harina de mandioca con aceite de dendé y pimienta y mezcladas con carne de pescado; acarás y acarajés: comida hecha con pasta de porotos cocidos y frita en aceite de dendé; manuês: especie de bollo hecho de harina de maíz o arroz con miel y otros ingredientes; mugunazás: papilla hecha con granos de maíz cocidos, azúcar y leche de coco; efós: guiso de camarones y yerbas con condimentos; chinchins de galinha: guiso condimentado con camarones y gailina; feijoadas; comida tradicional cuyo ingrediente principal son los porotos negros; mocotós: plato preparado con patas de animales bovinos; abarás: comida con pasta de porotos cocidos, adobada con pimienta y aceite de dendé y envuelta en hojas de banano; arrozde-coco: arroz hervido con coco; feijão-de-coco: porotos negros con coco; angús: pasta de harina de maíz cocida, o papilla de harina de mandioca hecha con caldo de carne; pão-de-ló y arroz: bizcochuelo y arroz; rebuçados: porción de azúcar solidificado (caramelo) al que se pueden juntar otras substancias; aloás: bebida refrescante de agua con harina de arroz o maíz tostado, fermentada con azúcar en vajillas de barro; refrescante preparado igual con cáscaras de ananá. – N. del T.
14. Esclavo que ya sabía hablar el portugués, tenía nociones de religión y trabajaba en algún oficio o arte. – N. del T.